

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 72

25 cts.



DIEZ DÍAS

— — — POR — — —
RICHARD HOLT

WORNE, Duke

Biblioteca Ilusión

Diez días

(TEN DAYS, 1925)

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el notable artista

RICHARD HOLT

Adaptación literaria de
AGUSTIN PIRACES

Exclusivas: PROCINE, S. A.
Calle de Claris, 71 :: Barcelona



EDACCION Y ADMINISTRACION
PARIS, 204: BARCELONA

Tipografía La Académica
Herederos de Serra y Russel
Calle Enrique Granados, 112
Teléfono G-104 : Barcelona

DIEZ DIAS

Diez días es un tiempo indeterminado. Ser amado por diez días es un instante; estar diez días sin bailar el charlestón es una eternidad, y pasarse diez días nada más en la cárcel es una verdadera suerte, de la que fué agraciado Fernando Van Buren, el famoso deportista, hijo del millonario de igual nombre y apellidos, como verán nuestros lectores y lectoras, si llegan hasta el final de esta narración.

Fernando Van Buren era un fruto completamente moderno — suponiendo que las edades de este planeta puedan tener intervención en los frutos — de nuestra sociedad vertiginosa. Le entusiasmaban las grandes velocidades, amaba todos los deportes y era maestro en la ciencia de pegar puñetazos y de esquivarlos con elegancia y aseo. Además, tenía veintidós años, una complejión de at-

leta que no excluía una natural elegancia o un gesto simpático y una valentía a toda prueba y un auto del que era inseparable.

Era tan valiente, que en sus vertiginosas excursiones en auto nunca llegó a temer la encarnizada persecución de que hacen objeto los guardias de la porra neoyorquinos a los motoristas que infringen las disposiciones urbanas y municipales con desdén olímpico y ademán despreocupado.

Naturalmente aquello tenía que terminar, y así ocurrió un día que a Fernandito Van Buren se le ocurrió nada menos, por correr demasiado, que atropellar a un pobre muchacho que iba tirando de un carretón lleno de helados, que por una ironía trágica del destino le hacía sudar la gota gorda.

El chico no sufrió otro daño que el susto consiguiente, pero el carretón quedó en un estado tan lamentable como los bolsillos de un cesante, con gran indignación y fuertes protestas del perjudicado, que empezó a pedir auxilio.

La policía detuvo la marcha del coche de Fernandito, que corría más que el aeroplano de Lindbergh, y el muchacho fué conducido a presencia del perjudicado, que exclamó, iracundo :

— ¡Me ha hecho usted papilla el carretón! ¡Usted tendrá que indemnizarme!

— Pero, hombre — exclamó el joven motorista. — ¡Si todavía el Consejo Municipal

debería darme las gracias, por haber eliminado un trasto tan antipático y perjudicial para el ornato público como este carricoche!

Pero el agente que le había detenido, un viejo llamado Agapito Weddock, no se avino a tan cómodas razones.

— ¿Ignora usted acaso — dijo — que ante el mandato de la policía hay que detenerse? ¿Por qué no se detuvo usted cuando vió que le perseguíamos?

— La verdad — repuso Fernando, con un inconcebible aplomo. — Como me pareció que si me llegaban a coger se incomodarían, pues, la verdad, les quise evitar este disgusto.

— ¡Es usted más fresco que los helados que ha hecho usted papilla con su auto! — volvió a decir Weddock. — Pero, vamos, no quiero que se ponga usted de mal humor, y para demostrarle que no estamos incomodados contra usted, ni muchísimo menos, vamos a darle hospitalidad gratuita por una temporada.

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo condujo a Van Buren, hijo, al calabozo, que de aquella hecha empezó a convencerse de que con la autoridad no se juega, por buenos puños ni mejor humor de que se disponga.

— ¡Quiero que sepa usted que soy hijo del millonario Van Buren — dijo al policía, cuando fué a encerrarle al calabozo.

— ¡Ni que fuera usted el hijo de León Trotzky!

Pocas horas más tarde, el juez se personó en el calabozo del muchacho, al objeto de tomarle declaración.

El muchacho explicóle lo ocurrido, terminando con estas frases, a guisa de epílogo :

— ¡Y lo más gracioso de todo es que no se han querido creer que soy hijo del millonario Van Buren!

— En efecto — replicó el juez. — Eso es muy gracioso.

— ¡No lo tome usted a broma, señor juez! ¡Aquí donde usted me ve, el árbol genealógico se remonta hasta Cristóbal Colón!

— ¡Qué honor para la familia!

— ¿Acaso es usted de los que opinan que Colón no fué un cumplido caballero?

— No, si no hablo de Colón... Quiero decir que qué honor para la familia tener a un hijo tan atolondrado como usted...

— Lo que no impide que mis abuelos...

— Celebraré mucho que fuesen de ilustre alcurnia y que Dios les haya acogido en su bondadoso seno sin dejarles mover de allí; porque si veían que tenían un nieto así, se morirían otra vez del susto y se volverían al Paraíso. En fin, pollo; aquí no se trata de ascendencias ni de descendencias, sino de exceso de velocidad, de desacato a la autoridad y de desperfectos ocasionados a un inofensivo carretón de un no menos inofensivo y no por ello menos respetable industrial. Lo cual quiere decir que, de momento, lo

interesante es que pague usted los desperfectos, y, además, una multa de cien dólares por desacato a los agentes de la autoridad.

— ¡Pero eso no está bien, señor juez!

— Tiene usted razón, eso no está bien; porque lo que deberíamos hacer es pegarle una tanda de palos hasta dejarle molido para quince días, pero ¡qué le quiere usted hacer! ¡Hay penas tan severas para los que maltratan a los animales!

Total, que Fernandito Van Buren no tuvo más remedio que pasar la noche en la prisión.

Al día siguiente, una idea luminosa acudió a su cerebro.

— Le ofrezco a usted cinco dólares — le dijo — si envía usted un telegrama a mi padre.

— A mí no me soborna nadie... por cinco dólares — contestó el digno y probo funcionario.

Pero a fuerza de ruegos pudo Fernandito conseguir finalmente que el carcelero cursara el cable, y entonces ya quedó más tranquilo, seguro de que en breve vendría a sacarle de allí la ayuda paterna.

—tagash en betar amaq em se elmaszatini
azmlob nata en silum sur abnehs y gozaf
hsbikotus si leh catneps enol s otrazeb roq
—issaj tofes, mafit nira en oce ota li —
—wodt kiso en oce, moses betar enoll —
akurgan se mousi mawutiboh empolcuproj
sta probilek obisah stacifolsq ab shust emi
lronel betar steban II en oce, asib annun
estim en, enol sus pastura mas caras vali

La misivá cablegráfica que había enviado Fernandito Van Buren a su señor padre decía así :

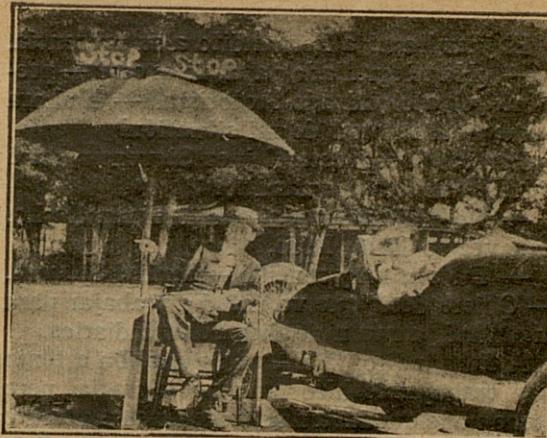
« Adolfo Van Buren. — 3780, Clay Street. —
San Francisco.

Estoy en la cárcel de Seaside. Necesito
pagar inmediatamente carro roto y cien dóla-
lares multa. — FERNANDO. »

El telegrama fué cursado con la vertiginosa rapidez que se acostumbra emplear en todos los Estados de la Unión, y entregado a Van Buren, padre, que al abrirlo y ver estampada la firma de su hijo, exclamó :

— ¿Qué nueva tropelía debe haber cometido ese loco? ¡Pues si cuenta con mi ayuda está fresco, porque a mí ya me va cansando tanta majadería y que siempre lo tengá yo que arreglar pagando de mi bol-
sillo!

Y es que el buen Van Buren, aunque hasta entonces había librado siempre a su hijo de



Van Buren y su auto eran inseparables...

todos los apuros, se hallaba en ese momento peligroso en que una gota de agua puede hacer rebosar el vaso.

Sin alterarse, Van Buren redactó un corto telegrama y dió orden de que lo transmitieran sin pérdida de momento.

Entretanto, su hijo, en Seaside, aguardaba con impaciencia febril la respuesta del autor de sus días.

Esta, al fin, llegó. Decía así :

« Juez Stevens. — Seaside.

Yo pagaré desperfectos carro. Si mi hijo no tiene dinero para pagar la multa, que la pague con su trabajo. — ADOLFO VAN BUREN. »

El juez llamó a Fernandito a su presencia.
— ¿Ha telegrafiado papá, no es eso? — preguntó el atolondrado motorista. — Y ahora ¿qué piensa usted de mi situación?

Por toda respuesta el juez Stevens mostró el telegrama a Fernandito.

— No entiendo nada — dijo el muchacho, una vez lo hubo leído.

— Pues es muy sencillo — replicó Stevens.

— Quiere decir que va usted a trabajar para la ciudad, a razón de diez dólares diarios.

A Fernandito, la nueva de que iba a tener que trabajar le hizo muy poca gracia, pero como no le quedaba más remedio se conformó con su triste suerte, y preguntó a qué oficio le iban a dedicar.

Casualmente era en verano, y el guardián salvavidas de la playa de Seaside, cuya misión no era otra sino vigilar que no se produjese ningún accidente, acababa de furgarse con la hija del alcalde, que, a pesar de la situación oficial de su señor padre, se ve que también tenía su corazoncito.

— ¿Sabe usted nadar? — preguntó el juez al joven Van Buren.

— ¡Que si sé nadar! ¡Ya lo creo! ¡Tengo el primer premio en un concurso de campeones!

— Bien — replicó el juez. — En lo sucesivo pertenece usted al equipo de la cárcel. Queda nombrado guardia salvavidas, por diez días.

Y ya tenemos al gran Van Buren instalado en la playa, bajo la vigilancia del irascible guardia Weddlock, a quien el juez había ordenado:

— Este hombre está preso. Cuando su trabajo diario haya terminado, ha de volver a la cárcel... Usted se encarga de vigilarle...

obstaculizará su trabajo de construcción. Y si el doctor se fija en las causas que impulsan al hombre a cometer tales actos, no dudará en concluir que es la propia naturaleza del hombre. O, en otras palabras, — es natural que el hombre sea un animal que sigue su propia voluntad.

III

El balneario de Seaside, a las horas del baño, tenía la atracción irresistible y tentadora de aquellas legendarias rocas en que anidaban las sirenas.

Y en él, a guisa de número de fuerza, había una nueva atracción: el decorativo guardián salvavidas, joven, elegante, simpático... y con un rotulito que le había hecho poner el juez, que decía así:

Este hombre está trabajando para pagar una multa.

Impuesta por:

Exceso de velocidad,

Desobediencia,

Desacato,

Atentado contra la propiedad, y

Desperfectos.

¡Cuidado, señoras y señoritas!

No hay que decir que todos los bañistas contemplaban a Van Buren con curiosidad.

— ¡Oh! — decían las muchachas. — ¡Qué romántico y sentimental es todo eso!

Entre las mujeres que con mayor curiosi-



Yo no me dejo sobornar... por cinco dólares

dad contemplaban a Van Buren figuraba la actriz Fanny Witney. Era una mujer que tenía un algo misterioso que la hacía doblemente encantadora y atractiva. Nadie sabía adonde iba ni de donde venía, y a su alrededor, acuciada por el misterio, tejía la imaginación de los bañistas las más fantásticas historias.

Aquel día, que era precisamente el debut del nuevo guarda salvavidas, la aparición en la playa de la gentil mujer había coincidido con la presencia de un «yacht» en el mar.

De pronto, la encantadora joven, que sin duda se había internado demasiado entre las olas, empezó a dar gritos de angustia :

— ¡Socorro! ¡Socorro!

Fernandito se arrojó al agua sin perder momento, y cuando nadaba con pujos de héroe, vió que Weddlock andaba también entre las olas y le agarraba por un brazo.

— ¿Qué hace usted? — preguntó el muchacho, sorprendido. — ¿No ve usted que estoy cumpliendo mi sagrado deber?

El policía se echó a reír.

— ¡Hay que hacerse valer, amiguito! — le dijo. — Otra vez, cuando vea ahogarse a alguien, déjale tragar un poco más de agua... y la víctima se lo agradecerá doble.

No hay que decir que Fernandito salvó a la bella Fanny, y que ésta le mostró su reconocimiento con la más seductora de sus sonrisas.

Cuando llegaron a tierra y se la interrogó sobre las causas del accidente, la joven se encerró en un prudente y misterioso mutismo.

Sin embargo, los que habían presenciado el accidente dijeron que la hermosa bañista se hallaba muy cerca del misterioso «yacht» que aquella mañana hiciera su aparición en la playa, y bien pronto comenzó la fantasía popular a tejer fantásticas historias.

Van Buren no se preocupó de ellas, pero al día siguiente ya no fué al trabajo como la



No hay que decir que todos los bañistas contemplaban a Van Buren con curiosidad

res al sacrificio : tenía la secreta esperanza de volver a ver la linda incógnita a quien había salvado la vida.



Entre los bañistas que frecuentaban la playa de Seaside, figuraba Guillermo Brantley, reportero de la famosa agencia « United Press » y famoso entre sus colegas por su perspicacia, que le permitía olfatear a cien leguas de distancia el suceso sensacional que había de interesar a sus lectores.

A la mañana que siguió a los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, los periódicos de la localidad publicaban la siguiente noticia en grandes titulares :

« Un guarda salvavidas libra de las olas a una dama. Se ignora quién es ella, pero se sabe que su salvador está trabajando para pagar una multa. Corren rumores de que había sido atacada y arrojada al mar por unos malhechores, pero la noticia no se ha confirmado. »

Van Buren leyó la noticia, mas afectó no haberse enterado de ella.



Van Buren consiguió hacer huir a los ladrones tras una tremenda lucha

Hacía poco rato que Fernando estaba en su observatorio dispuesto a entrar en acción si ocurría un nuevo accidente, cuando se le acercó Guillermo y le preguntó :

— Deseo conocer algunos detalles sobre su salvamento de ayer, amigo mío... Principiemos. ¿Cómo se llama usted?

— Me llamo Felipe Can — contestó Van Buren, con el mayor aplomo. — Mi papá posee un bar. Tengo un tío segundo que luce dos berrugas en la nariz, y yo sé tocar en la flauta la *Madelón*, con la boca llena.

— ¡Magnífico! — contestó el reportero. —

Sobre todo, lo de las verrugas y lo de la Madelón se hará popular.

Calló Brandley un momento y luego continuó :

— Esa dama extraordinaria ha despertado mi curiosidad... Adivino que tras de ella hay una historia intrigante, y no la dejo escapar.

Van Buren empezó a dar muestras de impaciencia.

— ¿Sabe usted que está hablando con Guillermo Brandley, reportero de la « United Press? »

— ¿Y sabe usted que tendrá que comprarse árnica en abundancia si no se marcha de aquí en menos que canta un gallo? — replicó Van Buren, que ya empezaba a perder la paciencia.

Guillermo tenía grandes condiciones periodísticas, pero sus facultades de luchador eran muy pocas, y optó por desaparecer.

Un bañista que había escuchado el diálogo le salió al encuentro.

— ¿Ya sabe usted quién es ese joven? — le dijo. — ¡Es el hijo del millonario Van Buren!

— ¡Caramba! ¡Esto es interesante!

— Sí, señor.

— ¡Esto es admirable! ¡Yo venía en busca

de una historia, y encuentro dos!

A todo esto en la playa ocurría una tragedia.

La víctima era Weddlock, el policía que vigilaba a Fernandito.

Van Buren había visto acercarse el « yacht » misterioso, y escuchando antes la voz de su intrepidez y atracción por lo desconocido que la de su deber de salvavidas de los bañistas imprudentes, se había arrojado al agua en persecución del barco.

Con agilidad deslizóse el muchacho hasta el casco, y trepando por una escalerilla se introdujo en él sin que nadie le viera.

En un camarote, unos individuos de faz siniestra sostenían una interesante conversación en voz baja.

— No perdamos el tiempo en conversaciones inútiles — decía el que parecía ser el jefe. — La misión de ustedes es robar las joyas de la señorita Witney, que están en la cajita de la pared... Por la noche intentaremos el rapto de ella...

Van Buren, desde el escondrijo donde se hallaba, miró hacia el camarote y sólo pudo ver, sobre la mesa, un libro cuya cubierta llevaba el título siguiente :

La princesa incógnita

Fernando no quiso saber más, y abandonando su lugar de observación regresó a nado a la playa.



Van Buren fijó su vista en el ladrón.
— ¡Este es el ladrón! — exclamó la sirvienta.
— ¡No! — gritó Weddock.

Naturalmente que para ello hubo de tomar sus precauciones, a fin de no caer de nuevo en manos de Weddock.

Fanny habitaba, con una sirvienta suya, llamada María, en una lujosa habitación sita en uno de los mejores hoteles de la población.

Por la noche, Fernandito se ocultó en la habitación, y abriendo el escondite donde se hallaba el collar, se lo guardó y esperó los acontecimientos.

No tardaron los ladrones en hacer su aparición en aquel lugar.

Pero el intrépido joven se arrojó sobre ellos, obligándoles a huir después de una lucha tremenda.

Y he aquí que, cuando el muchacho se disponía a recoger el justo premio que por su hazaña le correspondía, vió que llegaba al hotel un personaje que le era perfectamente conocido.

— ¡Mi padre! — exclamó, sin poderse contener.

Al mismo tiempo la sirvienta de Fanny



— ¡Este es el ladrón! — exclamó la sirvienta.

hizo su aparición en el lugar de la lucha, y viendo al joven con el collar en la mano, exclamó :

— ¡Este es el ladrón!

— Se equivoca usted — dijo fríamente Adolfo Van Buren, que hizo como si no reconociera a su hijo. — Ese joven es millonario.

Weddlock, que también se hallaba presente, exclamó :

— ¡Yo soy agente de la policía, y no hago las cosas a medias! ¡Quedan ustedes, todos, detenidos!

— ¡Que te crees tú eso! — exclamó Fernandito, saltando por la ventana.

Y empezó la persecución. Una persecución en la que intervino un auto, que se estrelló al paso de un tren, resultando Van Buren, hijo, maltrecho del percance, y que a distancia contemplaban su padre y un señor que le acompañaba, gerente de una importante empresa de publicidad.

— ¡Ya lo han cogido! — exclamó este último. — ¡Es el mismo animal que nos viene estorbando todos los planes!

Al oír aquellas palabras, Van Buren, padre, se indignó:

— Oiga usted, pollo — le dijo. — El ser mi agente de publicidad no le da derecho a insultar a nadie. ¡Ese joven no es ningún animal!

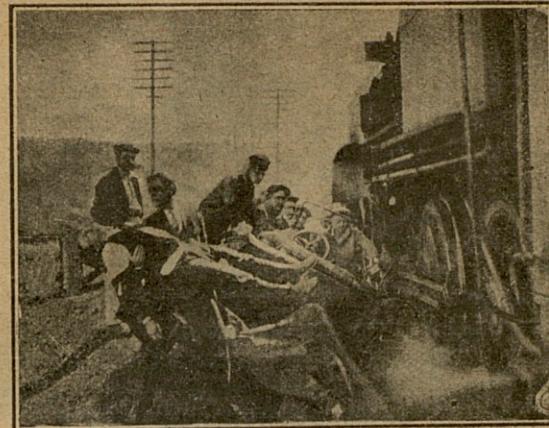
— Estamos gastando demasiado dinero en esta campaña de publicidad para tolerar que cualquier imbécil o cualquier bromista nos estropee nuestros planes.

Fanny intervino, igualmente, en favor del muchacho.

— ¿Usted también? — dijo el hombre, amoscado.

Entretanto, Fernandito, que había sido capturado por Weddlock y los agentes de la policía a sus órdenes, era conducido a la prisión, donde se tomaron todas las precauciones para impedir su fuga.

— Ese hombre es un loco, y peligroso —



Van Buren salió maltrecho del percance...

dijo el policía al carcelero. — De manera que vigílele usted bien, porque si se escapa no tan sólo tendríamos un gran disgusto, sino que constituiría un serio peligro para esta población, pacífica si las hay entre todas las de la costa.



Los periódicos del siguiente día publicaban, en grandes titulares, la siguiente información, cuyo carácter no podía ser más sensacional para los habitantes de Seaside :

**La dama desconocida
de Seaside es la actriz Fanny Witney**

El olfato policiaco de nuestro reportero Guillermo Bradley ha logrado descubrir que la dama desconocida a quien salvó el guarda de Seaside no es otra que la famosa actriz Fanny Witney, que, alejada del «mundanal ruido», estudia su papel en la comedia dramática *La princesa incógnita*, con cuya obra reaparecerá en escena. »

A la hora del aperitivo, Adolfo Van Buren y Sampson, que así era el nombre del famoso publicista, se encontraron en la playa.

— ¿Qué le parece a usted? — dijo Sampson. — ¿Ha acertado usted o no, al confiarle la propaganda de su obra?



Fernando y Fanny se descolgaban con una cuerda por la vertiente opuesta...

— ¿Por qué?

— ¡Ah! — volvió a decir Sampson, con fatuidad. — ¿Pero es que no se ha dado usted cuenta todavía de que yo soy el mejor agente de publicidad del mundo? ¿No ha visto usted como Bradley, con todo y ser un sabueso periodístico, ha caído en la celada que le hemos tendido y se ha tragado el paquete como un novato?

En aquel momento apareció Fanny..

— Ya que hemos quitado de en medio al guarda que nos estorbaba — dijo el agente

de publicidad, — ahora sólo falta preparar el rapto de usted.

Fanny hizo un mohín de disgusto, como si aquella determinación la contrariase.

— Veamos, Fanny — dijo Sampson, con aire convincente. — ¿Sería usted capaz, ahora que estamos tan bien situados, de volverse atrás? ¡Ahora que su nombre aparece en letras grandes y en primera página de los periódicos americanos más importantes!

— Sí... sí... — dijo la hermosa actriz. — Pero ¿y los daños que estoy ocasionando?

Y sin añadir palabra se alejó de aquel lugar.

Sampson, ante aquella actitud, llamó aparte a la sirvienta de la actriz.

— Oye, María — la dijo. — ¿Qué le sucede a tu señorita?

— Cosas del corazón... — contestó la joven, sonriendo. — La señorita Fanny está loca de amor por el guardia salvavidas...

El rostro de Sampson se ensombreció. Acercóse a Adolfo Van Buren y le dijo en voz baja :

— Presiento que si no hacemos el rapto pronto, va a haber muchas dificultades.

¡Ya lo creo que las hubo! ¡Como que, a pesar de la estrecha vigilancia que se ejercía sobre Fernando Van Buren, «el loco», como ya lo llamaban en Seaside, se escapó de su prisión, ante las propias barbas de Weddlock, que estuvo a punto de enfermar del disgusto!

Entretanto Adolfo Van Buren y Sampson se disponían a efectuar el proyectado rapto de Fanny.

Mas he aquí que, cuando ésta menos lo pensaba, compareció Fernandito, y sin tomarse la molestia de decirle una sola palabra, cargó con ella a cuestas como si fuera un pelele, y huyó, con ánimo de ponerla en salvo y lejos del alcance de sus perseguidores.

Fanny no protestó. Hubiera podido desengaños a Fernando diciéndole que todo aquello no era otra cosa sino una comedia para atraer sobre su interesante personita la atención del público, pero calló porque la voz del amor que sentía por su raptor habló más fuerte en su espíritu que todo otro sentimiento humano.



...y en el fondo se oían voces de risas y
gritos que indicaban que la fiesta ya había comenzado.

VII

Cuando llegaron Adolfo Van Buren y Sampson para efectuar el simulado rapto, Fanny había desaparecido.

— ¡María! — exclamó Adolfo. — ¿Dónde está tu señorita?

Por toda respuesta, María se encogió de hombros.

— ¡Otra vez ese idiota estropeándonos la combinación! — rugió Sampson. — ¡Pero este hombre es mi pesadilla!

Van Buren, padre, creyó llegado el momento de intervenir.

— Verá, amigo Sampson, déjeme explicarle...

— ¡Yo no pararé hasta dar con ese simple y hacérselas pagar todas de una vez!

Y echando pestes, el agente de publicidad salió acompañado de Adolfo.

Unos traseuntes les guiaron hacia el lugar donde se hallaban Fanny y su raptor. Habían trepado por una abrupta montaña y ahora disponíanse, con ayuda de una cuerda, a des-



Yo no he estado nunca en peligro, amigo mío...

colgarse por la vertiente opuesta, con grave riesgo de sus vidas.

— ¡Dios santo! — exclamó Van Buren. — ¡Mi hijo se va a estrellar!

Pero no. Con un aplomo y una seguridad verdaderamente asombrosos, el joven deportista logró salvar el precipicio, sin daño material para él ni para Fanny.

— ¡Por fin! — dijo Van Buren, hijo. — ¡Por fin he podido salvarla a usted del horrendo peligro!

— Yo no he estado nunca en peligro, amigo mío — contestó Fanny, con una dulce

sonrisa. — Todo esto ha sido una especie de comedia imaginada por mi agente de publicidad para atraer sobre mí la atención del público...

Al oír aquellas palabras, Fernando se enjugó el sudor con el revés de la manga.

— ¡Cómo se habrá reído usted de mí! — exclamó. — ¡Y qué imbécil he sido!

— Pero un imbécil con mucha simpatía — dijo la bella actriz sonriendo lo más seductoramente que pudo.

En aquel momento llegaban Van Buren, padre, Sampson y el periodista Bradley, que sorprendieron abrazados a la pareja.

— ¡Atiza! — gritó el periodista. — ¡Este sí que es un epílogo bonito para mi información!

Y se volvió de espaldas, dejando a los dos jóvenes cambiar un beso apasionado...

FIN



Biblioteca Emoción

:: :: PUBLICACIÓN SEMANAL :: ::

Interesantes novelas cinematográficas

TOMOS PUBLICADOS

1. ¡DOCTOR, NO APRIETE USTED!, por Tom Mix.
2. LAS NOVIAS DE UN SOLTERO, por Rod La Rocque.
3. EL AVENTURERO REY, por John Gilbert y Ruth Clifford.
4. LOS TIEMPOS CAMBIAN, por William Russell.
5. RIN-TIN-TIN Y EL CÓNDOR, por John Harron.
6. ESCALANDO EL CIELO, por Tom Mix.
7. UNA MISIÓN PELIGROSA, por Ricardo Talmadge.
8. DE CARA AL PELIGRO, por Reed Howes.
9. FUERZA Y NOBLEZA, por Frantz Merril.
10. EL AMOR VENCE AL ENGAÑO, por Herbert Rawlinson.
11. EL CORRAL DE LA HACIENDA, por Art Acord.
12. EL MILLÓN DE RICARDITO, por Ricardo Talmadge.

32 PÁGINAS DE ABUNDANTE LECTURA

Precio de cada cuaderno : **25 céntimos**



BIBLIOTECA CORAZÓN

Hermosa publicación semanal : Interesantes novelas
de amor y emoción : Preciosa portada en tricromía

¡Interesal! ¡Apasional! ¡Intrigal!

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VIVIR PARA AMAR por Joachim Renéz.
- 2 POR ALLÍ PASÓ EL AMOR, por P. de Clement.
- 3 LA HIJA COMPRADA, por Gérard Dartis.
- 4 POR EL AMOR DE MAUD, por René-Jean Tracy.
- 5 FLOR DE BULEVAR, por Joachim Renéz.
- 6 BAJO EL SOL DE COSTA AZUL, por M. Renee Noll.
- 7 LUCHA DE AMOR, por P. de Clement.
- 8 EL ENIGMA DE UNA VOZ LEJANA, por M. R. Noll.
- 9 EL SECRETO DE VILLAFELIZ, por René-Jean Tracy
- 10 EN EL UMBRAL DE LA DICHA, por M. R. Noll.
- 11 PERDÓN DE AMOR, por Guy Vander.
- 12 OCASO DE AMOR, por P. de Clement.
- 13 LA VUELTA AL NIDO, por P. de Clement.
- 14 LA MALA PASIÓN, por Joachim Renéz
- 15 LA DULCE PROMETIDA, por Robert Navailles.
- 16 UNA ILUSIÓN Y UN AMOR, por Marcela R. Noll.
- 17 EL AMOR QUE VUELVE, por G. Virelles.
- 18 ANGEL DE MALDAD, por Marcela R. Noll.
- 19 EL MISTERIO DE LA AMAZONA, por C. de Resse.
- 20 CUANDO EL ALMA DESPIERTA, por R. Nava Iles.

64 páginas de abundante lectura, 64

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos